JULIO MEINVIELLE

La "Ecclesiam Suam" y el progresismo cristiano

Editorial Nuevo Orden
BUENOS AIRES

LA "ECCLESIAM SUAM"
Y EL PROGRESISMO CRISTIANO

Con las licencias necesarias

Apuntes tomados taquigráficamente de la conferencia sobre el tema pronunciado por el Pbro. Dr. Julio Meinvielle el 19 de setiembre de 1964 en el Centro de Conferencias de la Ciudad de Córdoba.

JULIO MEINVIELLE

LA "ECCLESIAM SUAM" Y EL PROGRESISMO CRISTIANO

EDITORIAL NUEVO ORDEN
BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Prohibida la reproducción total o parcial sin previo permiso del editor

Copyright by
EDITORIAL NUEVO ORDEN
Buenos Aires

Vamos a comentar la "Ecclesiam Suam" destacando los párrafos más salientes y al mismo tiempo advirtiendo cómo este gran documento de Paulo VI excluye las posibilidades del progresismo cristiano.

Aunque el documento no está dirigido expresamente contra las desviaciones progresistas es, sin embargo, manifiesto que las excluye de un modo claro y terminante. Es por ello que la prensa mundial y los ambientes periodisticos católicos, generalmente mal inclinados, han hecho silencio alrededor de este gran documento. Ello es muy significativo.

La "Ecclesiam Suam" es un documento muy importante, que quiere situar en este momento del mundo y de la Iglesia, la posición pastoral que le cabe a la Iglesia. Quiere destacar en este momento la significación y la importancia que representa la Iglesia misma para la salvación de la humanidad. De aquí que Paulo VI insista sobre todo en la necesidad de que la Iglesia tome *Conciencia* de sí misma, de su propia naturaleza, de su misión, de su suerte, para que luego en consecuencia pueda pasar a la *Renovación* de sí misma y ponerse en con-

diciones de cumplir un *Diálogo* eficaz con la humanidad. Puede ser erróneo y tendencioso decir que la clave de ese documento está en la tercera parte, en el Diálogo [1]. Cierto que la Iglesia quiere entablar un Diálogo con el mundo en que le toca vivir, pero lo importante y la clave está en la manera de concebir la eficacia de este diálogo y ello no es posible si la Iglesia antes no ha tomado Conciencia clara de su propia naturaleza y de su propia misión.

Por esto la clave de este documento no está en la tercera parte, sino en la trabazón de las tres partes que lo componen. Es decir, que la Iglesia tomando conciencia de su propia naturaleza y misión llegará a entender qué tipo de reforma le ha de ser necesaria para luego trabar con la humanidad un diálogo eficaz que le permita el cumplimiento acabado y perfecto de la misión a que está llamada. Es cierto que desde fuera no se salva al mundo, pero es cierto también que sólo se salva al mundo cuando la Iglesia se mantiene en sí misma dentro de lo que Cristo ha querido que fuera para que así pueda luego ir al mundo y salvarlo. De otra suerte se corre el peligro que yendo al mundo la Iglesia se disuelva en el mundo porque no ha tenido el cuidado de señalar aquello que la diferencia del mundo y que es precisamente lo que la hace capaz de salvar al mundo.

[1] *Criterio*, 27/VIII/1964.

Panorama que abarca y que nos propone la "Ecclesiam Suam"

Este gran documento de Paulo VI nos propone una acción grandiosa que la Iglesia debe cumplir en la humanidad de hoy. Para esto señala primeramente en qué consiste la Iglesia y cómo ella implica la cristianización de la humanidad. La Iglesia es el hombre rescatado por Cristo en una sociedad de salvación. La Iglesia es un misterio que se hace en la historia. El misterio por excelencia; aquel misterio oculto de todos los siglos que Dios en su eternidad ha querido comunicar al hombre. Aquel misterio de que nos habla Pablo en Efesios III, 9-10 cuando dice: "A mí el menor de todos los Santos me fué otorgada esta gracia de anunciar a los gentiles la incalculable riqueza de Cristo y darle luz acerca de *la dispensación del misterio oculto desde los siglos en Dios*, creador de todas las cosas, para que la multiforme sabiduría de Dios sea notificada por la Iglesia a los principados y potestades en los cielos, conforme al plan eterno que El

ha realizado en Cristo Jesús Nuestro Señor, en quien tenemos la franca seguridad de acercarnos a El confiadamente por la fe".

Esta comunicación de Dios por la Palabra y por la Gracia se hace al hombre por Jesucristo. Se hace al hombre pecador, a la humanidad pecadora. Se hace jerárquicamente de la Trinidad a Cristo, de Cristo al Papa, del Papa a los Obispos y de éstos a los Sacerdotes y a todos los fieles cristianos y de alli a la humanidad, de acuerdo al gran mandamiento "id y predicad a todas las gentes". La Iglesia es entonces el pueblo cristiano unido a Jesucristo y, por Jesucristo, a Dios uno y trino.

La Iglesia en consecuencia es Divina y Santa en cuanto viene de Cristo y en cuanto por Cristo nos conduce a Dios. Pero también es humana y pecadora en cuanto formada por hombres pecadores. Por ello tiene necesidad continua de renovación, renovación que la ponga en condiciones de cumplir eficazmente su misión, que es, la de hacer llegar a los hombres de cada momento histórico SU MENSAJE, que es el mensaje de Cristo. Esta comunicación del mensaje constituye precisamente el diálogo que la Iglesia ha de entablar con el mundo o con la humanidad en su paso sobre la tierra.

De aquí que la "Ecclesiam Suam" se desarrolle en tres magníficas partes, de las cuales la primera considera LA CONCIENCIA que la Iglesia debe tomar de sí misma, de su propia naturaleza, de su propia misión, de su propia suerte; de aquí que una segunda parte considera LA RENOVACIÓN que la Iglesia debe en todo momento histórico realizar en si misma para hacer eficaz ese DIÁLOGO del cual se ocupa la tercera parte y en el que la Iglesia vuelca su propia realidad sobre el mundo para cumplir con eficacia su propia misión.

En esta visión católica que la "Ecclesiam Suam"

nos da de la Iglesia y de su tarea pastoral, todo brota *de arriba hacia abajo*. De la Divina Trinidad, por Cristo, hacia la humanidad. Visión muy diferente de aquella otra que nos quisiera proponer el progresismo cristiano como si la tarea pastoral misma de la Iglesia viniera *desde abajo*, desde el contacto de la Iglesia con el mundo y con la humanidad, como si ésto fuera lo esencial.

No, de ninguna manera. La Iglesia viene de arriba, de Cristo su fundador y nada tiene que renovar en lo que posee, recibido de Cristo, es a saber, en sus estructuras esenciales, en la doctrina derivada de la palabra de Dios, en las fuentes de santificación que brotan de las heridas gloriosas del Redentor. Cierto que la Iglesia está también formada de un elemento que viene desde abajo, es decir de hombres débiles y pecadores que lamentablemente han de afear su Rostro Santo y Divino y han de hacer menos grata su presencia en el mundo.

Pero hay una visión correcta de la tarea pastoral de la Iglesia en el mundo y en el mundo de hoy, que insistiendo sobre todo en lo que la Iglesia tiene de divino y de inmutable, señala la necesidad de mantener la integridad de este depósito divino e inmutable y de trabajar para cambiar al hombre pecador y adecuarlo al mensaje y al modelo divino que es la Iglesia. La tarea es sobre todo entonces obra de santificación de sus miembros, santificación personal, para que persuadidos de que Cristo es todo, nos esforcemos por santificarnos y por santificar en Cristo a nuestro prójimo usando todos los medios legítimos —haciéndonos todo para todos, como decia el Apóstol— que mejor conducen en cada momento histórico a esta obra de salvación y de santificación común.

Esta visión correcta insiste sobre todo en lo que

la Iglesia es, por ser Iglesia, y en aquello que tiene de divino, porque es precisamente ésto lo que salva al hombre.

Pero puede haber también una visión excesivamente humana de la tarea pastoral de la Iglesia, una visión progresista en sentido peyorativo, que considera sobre todo que la Iglesia está formada por hombres, desde abajo hacia arriba, como si fueran los laicos los que deben determinar a los Sacerdotes y los Sacerdotes a los Obispos y los Obispos al Papa; una sociedad más humana que divina, en que la razón de ser de la Iglesia se colocaria sobre todo en su carácter de pueblo de Dios y aún entonces como si el pueblo por su propia virtud subiría hasta Dios.

Aún más: esta visión excesivamente humana, tendería a considerar dentro de la Iglesia y perteneciendo ella a todos los hombres so pretexto de la existencia de un *cristianismo invisible* donde se encontraría realmente, bajo el efecto de la acción de Dios, la justificación de la gracia santificante. Así el teólogo Karl Rahner quien añade: "No es ya posible a los cristianos viviendo en el siglo de la historia de la Iglesia, en que nos encontramos, participar sobre la salud de los no cristianos las ideas pesimistas que podía tener San Pablo en la óptica religiosa de su tiempo, o aún los cristianos en pleno siglo XVIII". ("Mission et Grâce I, XX Siècle, Siècle de la Grâce, Collection "Siècle et Catholicisme, Mame, 1962, Cap. V, traduit de l'allemand par Charles Muller sur le troisieme édition, revue et corrigée de *Sendung und Gnade)"*.

Pero si las cosas son como las presenta el Padre Rahner, ¿para qué el maravilloso esfuerzo misionero que en todo siglo de la historia, siguiendo el ejemplo del mismo Apóstol, han practicado los cristianos? ¿Acaso los misioneros se limitan, como

sostiene el Padre Rahner, a ser manifiesta delante de la Iglesia y delante del mundo la pertenencia oculta de los infieles al cristianismo o son verdaderamente los colaboradores, los instrumentos de Cristo en la propagación de la fe y en la comunicación de la vida sobrenatural a los no cristianos? ¿Es verdad, como decía Pío XI, que los infieles son los más miserables de los hombres y que mientras no han creído en el Evangelio y no han recibido el Bautismo están privados de los beneficios de redención? Pero si ésto es verdad, ¿en qué queda aquel *cristianismo invisible* del que formarían parte los paganos y que en nada prácticamente los distinguiría de los cristianos?

Esta visión, excesivamente humana, de la Iglesia y de su tarea pastoral en el mundo de hoy manifestaría luego *la tendencia* de los progresistas que buscan y ponen su eficacia en los medios puramente humanos, como si la tarea primera y principal de la Iglesia no consistiera en comunicar a Dios y los bienes de Dios a los hombres sino más bien en darles bienes temporales como pan, techo y paz.

De aquí esa ponderación casi exclusiva como primeros y principales de sólo aquellos documentos que, como la "Mater et Magistra" y la "Pacem in Terris" se ocupan del bienestar económico y político de los pueblos y no, en cambio, la valoración, como corresponde, de esta Encíclica "Ecclesiam Suam" o de la "Mystici Corporis" de Pío XII que se ocupan del bien sustancial sobrenatural, al que deben rendir los hombres, lo primero de su ser y de sus afanes.

Es claro que también son importantes la "Mater et Magistra" y la "Pacem in Terris"; pero como hay una jerarquía en el orden de los problemas, aquellos documentos que se refieren a la misión

esencial de la Iglesia, cual es la de aportar a los hombres los beneficios de la Redención de Cristo, son de importancia inmensamente mayor que aquellos otros que sólo hablan de los beneficios secundarios de la civilización.

Esta visión, excesivamente humana, de la pastoral de la Iglesia en el mundo de hoy, puede conducir a Obispos, Sacerdotes y laicos a echar mano casi exclusivamente de medios sociológicos y naturalistas y a hacerles olvidar el carácter sobrenatural que ha de tener la propagación de la Iglesia. ¿No hay algo, o mucho de éste error, en tanto sacerdote y laico que confía en la sociología y en la psicología la solución de problemas que deben mirarse primeramente a la luz de lo sobrenatural?

Pero hay más. Esta visión, excesivamente humana, de la Iglesia puede determinar una visión también puramente humana de la historia y de la significación de fenómenos históricos como el comunismo y llevar a la conclusión de que se hace necesario una colaboración del cristianismo con el comunismo para liberar al hombre de la servidumbre del capitalismo en el plano temporal y así liberarlo luego de la servidumbre del pecado en el plano espiritual [2]. De aquí que los progresistas con su visión excesivamente humana de la Iglesia no duden en insistir en la necesidad de un diálogo y de una colaboración de la Iglesia con el comunismo, llevados por cierto miedo de que la Iglesia al no pactar con el comunismo se exponga al peligro de quedar al margen de la sociedad y de la historia. Como no se dejan guiar sino por una visión mundana de las cosas y no se preocupan sino

[2] Bruno de Solages, *Postulados doctrinarios del Progresismo*, Librería Huemul.

por una falsa eficacia humana por la suerte de la Iglesia y de los cristianos quisieran no quedar al margen de un mundo que para ellos camina inevitablemente hacia el comunismo. Como si lo esencial para la Iglesia fuese su eficacia en el mundo y frente a la humanidad y no precisamente su fidelidad de Esposa a Jesucristo, su divino Esposo.

La conciencia de la Iglesia de su propia naturaleza y misión

Paulo VI nos invita a ahondar en la conciencia que la Iglesia debe tener de si misma, en el tesoro de verdad de que es heredera y custodio y en la misión que ella debe ejercer en el mundo. La Iglesia debe en este momento reflexionar sobre si misma para confirmarse en la ciencia de los planes que Dios tiene sobre Ella, para hallar más luz, nueva energía y mejor gozo en el cumplimiento de su propia misión y para determinar los mejores medios que hagan más inmediatos, operantes y benéficos sus contactos con la humanidad a la cual ella misma pertenece, aún distinguiéndose por caracteres propios inconfundibles.

Esto ha de determinar el sentido de la docilidad a la palabra del Divino Maestro que ha de distinguir a sus discípulos entre los cuales el Santo Padre se complace en contarse. Así mismo ha de señalarse la vigilancia que ha de estar siempre presente y operante en la conciencia del siervo fiel para determinar la conducta moral, práctica y actual, que debe caracterizar al cristiano en el mundo y finalmente el acto de fe en que ha de prorrumpir el cristiano frente a la Iglesia diciendo con palabras del ciego de nacimiento en el Evangelio: *"Creo Señor"*, o también aquéllas de Marta:

"Sí Señor, yo he creído que tú eres el Mesías, hijo de Dios vivo que ha venido a éste mundo", o con las de Pedro: *"Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios viviente"*.

Esa conciencia que la Iglesia debe tener de sí misma se halla compendiada en dos documentos modernos sobre la naturaleza de la Iglesia. El primero la encíclica *"Satis Cognitum"* del 29 de junio de 1896 del gran Papa León XIII sobre la unidad de la Iglesia y el primado de Pedro. Y la segunda, la encíclica *"Mystici Corporis"* de Pío XII, del 29/6/1963.

En el primer documento, León XIII nos expone las condiciones de la unidad de la Iglesia y del primado de Pedro, condiciones indispensables que deben hacer posible el retorno a la Iglesia de los grupos disidentes de cristianos que en diversas épocas se han apartado de su seno materno. Allí León XIII expone la constitución de la Iglesia Católica, Iglesia Visible con unidad jerárquica en cuya cumbre se halla el poder de Pedro, que es la Roca sobre la cual Cristo ha fundado la Iglesia misma. De aquí que León XIII insista en que Pedro y la Iglesia son una misma cosa por cuanto es Pedro quien da solidez, estabilidad, y permanencia a la Iglesia. Y no al revés. Pedro sostiene a la Iglesia y no la Iglesia a Pedro. De aqui que Pedro tenga poderes soberanos, que ejerza función de pastor universal y que sea la columna de fe de la Iglesia. Cierto que este poder soberano no es único sino que ha de ser co-participado por los Obispos, como elemento necesario por institución de Cristo para el gobierno de la Iglesia. Pero el poder de Pedro es totalmente independiente mientras que el poder de los Apóstoles es dependiente de Pedro y ello por voluntad de Cristo Nuestro Señor. De aquí también que Pedro tenga un poder efectivo

y real y soberano sobre los Obispos y que su Poder sea mucho más grande que el de los Obispos aun agrupados en colegio. De aquí que no sea correcto imaginar ningún poder conciliar de la Iglesia o colegial de los Obispos que pueda como compensar el poder soberano del Romano Pontífice o disminuir su divina autoridad.

León XIII en su documento ha insistido sobre todo en los elementos jurídicos y visibles que distinguen a la Iglesia de Jesucristo. Pío XII, en cambio, en la "Mystici Corporis" va a insistir especialmente en la naturaleza mística y espiritual del cuerpo de Cristo que es la Iglesia y en el carácter también místico y espiritual de nuestra unión con Jesucristo. El documento de Pío XII lo mismo que el de León XIII van a señalar condiciones necesarias para el retorno a la Iglesia de los cristianos disidentes. Este documento estará dirigido sobre todo contra una concepción racionalista o naturalista o de falso misticismo que se hacen algunos de la Iglesia. Porque la Iglesia como cuerpo místico de Cristo, es decir, dotada de los vínculos invisibles de la verdad y de la gracia del Espíritu Santo continúa en el mundo la obra de la Redención de Cristo. Obra que se opera por la comunicación de la palabra vivificante que Cristo ha traído al mundo y que encierra ese poder de vida por la comunicación que le ha adjudicado Cristo con su Pasión y Muerte en la Cruz. El poder de vivificación sobrenatural que tiene la Iglesia y que constituye su grandeza le viene de arriba, de Cristo, el cual a su vez encierra esa grandeza divina por la admirable unión hispostática.

Los fieles cristianos constituyen una comunidad perfecta y un perfecto organismo social por su unión con Cristo Nuestro Señor, Dios y Hombre verdadero. Ese organismo social dotado de víncu-

los invisibles de verdad y de gracia recibe de Cristo, su cabeza, esos dones de verdad y de gracia que le perfeccionan y así como Cristo cabeza, purifica y perfecciona al cuerpo místico de los cristianos, este cuerpo místico perfecciona y completa a Cristo, cabeza.

Pio XII ha señalado sobre todo el gran error en que incurren aquéllos que quisieran distinguir entre una Iglesia jurídica y la Iglesia de la caridad y así con palabras severas dice: "Por lo cual lamentamos y reprobamos así mismo el funesto error de los que se antojan una Iglesia ilusoria a manera de sociedad alimentada y formada por la caridad a la que —no sin desdén— oponen otra que llaman jurídica. Pero se engañan al introducir semejante distinción: pues no entienden que el Divino Redentor por ese mismo motivo quiso que la comunidad por él fundada fuera una sociedad perfecta en su género y dotada de todos los elementos jurídicos y sociales para perpetuar en este mundo la obra de redención y para la obtención de este mismo fin procuró que estuviera enriquecida con los dones y gracia del Espíritu Santo".

"No puede haber por consiguiente verdadera oposición o pugna entre la misión invisible del Espíritu Santo y el oficio jurídico de los pastores y doctores recibidos de Cristo; ya que, —como en nosotros el cuerpo y el alma— se completan y perfeccionan mutuamente y proceden del mismo Salvador nuestro que no sólo dijo al difundir el soplo divino: *"Recibid el Espíritu Santo"* sino también imperó con expresión clara: *"Como me envió el Padre así os envío yo"*... Y así mismo: *"El que a vosotros oye, a mí me oye"*.

Algunos errores en este punto de la conciencia de la Iglesia

Paulo VI en ese primer punto de la conciencia de la Iglesia señala cómo la Iglesia está inmersa en la humanidad y cómo forma parte de ella; cómo de ella proceden sus miembros, cómo de ella extrae preciados tesoros de cultura, cómo sufre sus vicisitudes históricas y cómo también contribuye a sus éxitos. Ahora bien; el Papa señala cómo la humanidad hoy está en vias de grandes transformaciones, alteraciones y progresos y de profundos cambios no sólo en sus formas exteriores de vida, sino también en su modo de pensar. Asi su pensamiento, su cultura, su espíritu vienen a modificarse íntimamente ya con el progreso científico, técnico y social y también con las corrientes del pensamiento filosófico y político que la invaden y atraviesan. Todo ello, como las olas de un mar envuelve y sacude a la Iglesia misma. De suerte que los espiritus de los hombres que a ella se confían están fuertemente influídos por el clima del mundo temporal de tal manera que un peligro como de vértigo, de aturdimiento, de aberración, puede sacudir su misma solidez e inducir a muchos a ir tras los más extraños pensamientos imaginando como si la Iglesia debiera renegar de sí misma, y abrazar novísimas e impensadas formas de vida.

Paulo VI señala aquí el peligro del modernismo que se mostró tan activo a comienzo de siglo en el pontificado de San Pío X exigiendo reformas y renovaciones en la Iglesia que se referían incluso a su constitución interna y al sentido mismo y esencial de los dogmas cristianos. Por supuesto que la Iglesia rechazó con fuerza este peligro del modernismo, peligro que se hizo presente más tarde bajo formas sociales en el Pontificado de Pio XI

y de Pío XII y que fué también asimismo fuertemente rechazado por Pío XII con la "Humani Generis" y con otras medidas que se tomaron contra desviaciones de carácter práctico.

Porque la Iglesia, lejos de dejarse influenciar por formas desviadas de la cultura moderna, debe más bien tratar de purificar con la fuerza de la Verdad y de la Gracia a la sociedad humana. La Iglesia debe someter a juicio las conquistas de la cultura moderna aprovechando las adquisiciones positivas pero rechazando con fuerza todo lo que encierre error y desviación.

De esta toma de conciencia de sí misma la Iglesia debe recoger como fruto primero la necesidad de relacionarse vitalmente con Jesucristo, porque la Iglesia no vive de sí misma sino que lo que es y lo que tiene, lo es y lo tiene recibido de Cristo. Esta comunicación con Cristo da su fuerza a la Iglesia y le da grandeza y trascendencia al hombre cristiano. De aquí la necesidad para los cristianos de la profundización en la vida interior, vale decir, en la vida íntima que constituye la sustancia misma del ser cristiano; porque ser cristiano es participar, a través de la vida de la Iglesia en la misma vida divina de Jesucristo. Por ello la vida interior sigue siendo como el gran manantial de la espiritualidad de la Iglesia, su modo propio de recibir las irradiaciones del espíritu de Cristo, expresión radical insustibuible de su actividad religiosa y social, e inviolable defensa y renaciente energía de su dificil contacto con el mundo profano.

Naturaleza de la renovación de que tiene hoy necesidad la Iglesia

La Iglesia debe ser lo que Cristo quiere que sea: una, santa, enteramente consagrada a la perfección a la cual Cristo la ha llamado y para la cual Cristo la ha preparado. Perfecta en su concepción ideal, en el pensamiento divino, la Iglesia debe tender a la perfección en su expresión real, en su existencia terrena. Este es el gran problema moral que domina la vida entera de la Iglesia, el que da su medida, el que la estimula, la acucia, la sostiene, la llena de gemidos y de súplicas, de arrepentimiento y de esperanza, de esfuerzo y de confianza, de responsabilidad y de méritos. Como dice Paulo VI, este es un problema inherente a la realidad teológica de que la vida humana depende. Este es el problema que crea la tensión entre lo que el hombre es y lo que el hombre debe ser, entre la realidad del origen pecador del hombre y aquella suprema santidad a que Dios le llama. De aquí que la Iglesia deba estar en continua renovación. Renovación

Además, la Iglesia desarrolla su vida en medio de los cambios del mundo que la rodea. El mundo de mil maneras influye y condiciona la conducta práctica de la Iglesia. La Iglesia, como todos saben, no está separada del mundo sino que vive de él. Por eso, los miembros de la Iglesia reciben su influjo, respiran su cultura, aceptan sus leyes, adoptan sus costumbres. Este contacto inmanente de la Iglesia con la sociedad temporal le crea una continua situación problemática, hoy laboriosísima. Por una parte la vida cristiana, cual la Iglesia la defiende y promueve, debe continuar y valerosamente evitar cuanto pueda engañarla, profanarla, sofocarla, tratando de inmunizarse del contagio del

error y del mal: por otra parte, no sólo debe adaptarse a los modos de concebir y de vivir que el ambiente temporal le ofrece y le impone, en cuanto sean compatibles con las exigencias esenciales de su programa religioso y moral sino que debe procurar acercarse a él, purificarlo, ennoblecerlo y santificarlo; tarea ésta que impone a la Iglesia un perenne examen de vigilancia moral y que en nuestro tiempo reclama con particular urgencia y con singular gravedad.

Advirtamos que ésta renovación ha de hacerse en la medida en que sea compatible con las exigencias esenciales del programa religioso y moral. Y continúa más adelante Paulo VI: "No hay reforma, dice, ni en la Concepción esencial ni en las estructuras fundamentales de la Iglesia Católica". Y advierte expresamente: "La palabra reforma estaría mal empleada si la usáramos en ese sentido y el Pontífice destaca especialmente la fidelidad con que la Santa Iglesia se ha comportado siempre y en todo momento de su historia en lo que respeta a los fundamentos del dogma y de la moral que ha recibido de Cristo. Para entender el valor y el alcance de estas enseñanzas de Paulo VI hay que advertir que para las Iglesias separadas —Protestantes y Cismáticas— debe haber, en cambio, reformas en lo esencial, previamente a su inserción en el seno de la Iglesia verdadera. Porque esas Iglesias no han podido efectuar el desgarramiento del árbol de la Iglesia verdadera sin violar mandatos de Jesucristo y sin sufrir por lo tanto heridas y desgarraduras graves que afectan a la esencia de la Constitución de la Iglesia verdadera.

Más adelante el Pontífice señala una serie de peligros a que nos puede llevar el afan incontrolado de renovación y de reforma de la Santa Iglesia. Uno de ellos es el de engañarnos con el cri-

terio de reducir el edificio de la Iglesia que se ha hecho amplio y majestuoso para la gloria de Dios como magnífico templo suyo, a sus proporciones iniciales mínimas, como si aquellas fuesen las únicas verdaderas, las únicas buenas. Tomen nota los que hablan con sentido despreciativo de la Iglesia constantiniana o de la Iglesia triunfalista y que quisieran ver al esplendor que ha cobrado la Iglesia en el curso de los siglos reducido a sólo los lineamientos pobres y oscuros que ha podido conocer la Iglesia en época anteriores en que se la sometía a la oscuridad de las prisiones romanas o de las catacumbas. Asimismo reprueba el Pontífice el deseo de renovar las estructuras de la Iglesia por vía carismática, como si fuese nueva y verdadera aquellas expresión eclesial que naciese de ideas particulares. Aquí insinúa el Pontífice los sueños arbitrarios y las renovaciones artificiosas de tanto liturgista particular; de tantos amadores de la pobreza que se parecen más a los fraticelli que a San Francisco de Asis; de aquellos reformadores sociales que repudian la Iglesia triunfalista reconocida como Arca de Salud por las naciones y por los altos Jerarcas de la tierra y prefieren abrazar una Iglesia proletaria de la C. G. T.

Se detiene asimismo el Pontífice en reprobar la opinión de muchos fieles que piensan que la reforma de la Iglesia debe consistir principalmente en la adaptación de sus sentimientos y de sus costumbres a la de los mundanos. Y apunta claramente: "la fascinación de la vida profana es hoy poderosísima". Sabido es que esta fascinación de lo mundano puede efectuarse tanto en el plano filosófico como en el plano práctico de la vida pastoral y apostólica. Recuérdese la fascinación que hoy día ejercen sobre muchos, los pensadores modernos, como Hegel, Marx, Nietzsche, Comte, Hei-

degger, Sartre y otros, con sus filosofías, evolucionistas, dialécticas, marxista, vitalista, historicista, existencialista y con sus desprecios de las esencias y de la filosofía del ser. Piénsese asimismo en los errores prácticos en que se incurre hoy con la moderna sociología, toda ella en la órbita de Marx, y con la psicología en la órbita de Freud, todo lo cual ejerce influencia para crear una nueva moral, tipo Ignacio Lepp, que niega sobre todo el pecado y la culpa en la vida sexual.

Reprueba asimísmo el Pontífice los peligros y errores que se introducen hoy en el campo del apostolado, por una adaptación a los ambientes profanos y que se traduce en una renuncia a las formas propias de la vida cristiana y a aquel mismo estilo de conducta que debe dar a tal urgencia de acercamiento y de influjo educativo, su sentido y su vigor. Aquí insinúa el Papa una referencia a todas las tendencias peligrosas que en los seminaristas o en sacerdotes jóvenes se introducen para crear esa nueva imagen del sacerdote —el sacerdote obrero, los seminaristas proletarios— con un complejo increible de inferioridad en lo que se refiere al carácter sobrenatural del sacerdocio.

Este complejo de inferioridad ha sido puesto de manifiesto no hace mucho en un artículo de la "France Catholique" del 24 de julio de 1964. Allí se refiere lo siguiente: "Cenaba yo allí en lo de un amigo. Había, entre otros numerosos invitados, un sacerdote conocido por sus trabajos, sus ideas en materia de psicología y de religión. La conversación se animó muy pronto cuando nos sentamos a la mesa, en que el sacerdote cuyo traje se confundía con los nuestros, prorrumpió en una violenta diatriba contra la institución eclesiástica. El sacerdocio, dijo, ha sido matado por la institución eclesiástica. Suprimid la institución y el Sacerdocio

renacerá. El sacerdote es un hombre como los otros. Su particularidad social no brota de su sacerdocio sino de su oficio. Que se le de un oficio para que se sitúe y para que esté situado en la vida social. Que se le deje casarse si lo cree oportuno. Que se le deje además y, como necesidad esencial y profunda de su vida, ejercer su sacerdocio en su comunidad profesional, en el barrio, en el vecindario, en la familia, etc. A este precio, la Iglesia encontrará en el mundo que viene, el sentido de su ministerio sacerdotal".

En el mismo artículo se cita el caso de un sacerdote que no sabe qué hacer con su sacerdocio; se nos dice, en efecto, "que debiendo dicho sacerdote cambiar su auto y llenar unas fichas a tal efecto, donde se le exigía indicar su profesión, se le planteó el problema de que en la anterior ficha figuraba como eclesiástico, no debiendo ésto considerarse como un oficio. ¿Qué he aportado yo, se preguntaba, a la vida económica? Yo no sé llenar una hoja de impuestos y cada año me produce ésto un sufrimiento porque si yo no tengo rentas para declarar, quiere decir que no participo en la fructificación de los bienes. Esto me trae un complejo de inferioridad frente a algunos de mis parroquianos, a quienes el ejercicio inteligente del oficio, les ha dado una vista personal sobre el sentido de los acontecimientos. Yo estoy lejos de poder seguirlos en su conversaciones, ellos han penetrado en la historia por una puerta que me ha sido cerrada. No es el aislamiento lo que más cuesta, sino el sentido de inutilidad".

¡Para este pobre sacerdote el llevar a Jesucristo a las almas de los hombres era tarea ineficaz e inútil! Un sentido materialista de la vida se había apoderado de él haciéndolo perder el sentido de la fecundidad de lo sobrenatural.

Paulo VI señala por otra parte que el cuidado que hemos de tomar para no caer en falsas y desviadas reformas no ha de crear en nosotros la imagen falsa de que la perfección consiste en la inmovilidad de las formas de que la Iglesia se ha revestido a lo largo de los Siglos ni tampoco en que nos debamos hacer refractarios a la adopción de formas hoy comunes y aceptables por las costumbres y por la índole de nuestro tiempo.

Pero lo importante que señala el Sumo Pontífice es que la Iglesia volverá a hallar su renaciente juventud, no tanto cambiando sus leyes exteriores cuanto poniendo interiormente su espíritu en actitud de obedecer a Cristo y por consiguiente de observar aquellas leyes que ella, en el intento de seguir el camino de Cristo, se prescribe asimisma. Aquí está el secreto de su renovación, aqui su metanoia, aquí su ejercicio de perfección. Por ello la Iglesia debe sobre todo renovarse en lo interior, de acuerdo a lo que se dijo en la primera parte de la encíclica, cuando se determinó la conciencia que debe tomar de sí misma la Iglesia, de su naturaleza, de su misión y de su suerte.

El Pontífice señala cómo esta reforma debe hacerse principalmente en lo que se refiere a la pobreza y a la caridad. Pero lo que sobre todo se debe reformar aquí es el *espíritu* de pobreza de tal suerte que este espíritu pueda ser acompañado hoy por la comprensión y el empleo del hecho económico agigantado y fundamental propio del desarrollo de la civilización moderna, especialmente en sus reflejos humanos y sociales.

El diálogo de la Iglesia con el mundo

La tercera actitud que la Iglesia Católica debe adoptar en esta hora de la historia del mundo es la que se caracteriza por el estudio de los contactos que debe tener con la humanidad. La Iglesia debe acercarse al mundo, debe actuar en el mundo pero manteniéndose profundamente diferente del mundo. De aqui que Paulo VI recuerde aquella enseñanza del Apóstol Pablo cuando nos dice: "*No os conforméis a este siglo sino transformaos por la renovación de la mente, para procurar conocer cuál es la voluntad de Dios, buena grata y perfecta*". También nos recuerda Paulo VI cómo el Apóstol Pablo educaba a los cristianos de la primera generación diciéndoles: "*No os juntéis bajo un mismo yugo con los infieles, ¿porque, qué participación hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué comunión entre la luz y las tinieblas o qué asociación del creyente con el infiel?* (2 Cort. 6,14). La pedagogía cristiana deberá recordar siempre al discípulo de nuestros tiempos esta su privilegiada condición y este consiguiente deber de vivir en el mundo pero no ser del mundo, según el deseo mismo de Jesús que antes citamos con respecto a sus discípulos: "*No pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Ellos no son del mundo como yo no soy del mundo*". (Y 17,15).

Esta diferencia profunda que deben mantener la Iglesia y los católicos frente al resto de los otros hombres, de acuerdo a las prescripciones evangélicas, se halla menoscabada muchas veces por los progresistas que hablan de sumergirse, sin más, en el mundo y en la humanidad.

Sin embargo, esta diferencia que debe caracterizar a la Iglesia y al cristiano frente al mundo y frente a la humanidad no implica separación así

como no la implica tampoco en el médico que conociendo las insidias de una pestilencia procura guardarse a sí y a los otros de tal infección pero al mismo tiempo se consagra a la curación de los que han sido atacados. Así la Iglesia por entrañas de misericordia, aúnque se siente con una vocación de privilegio, sabe acercarse a las dolencias de la humanidad caída para levantarla hasta el estado de privilegio en que ella ha sido colocada.

Paulo VI señala bien la naturaleza de este diálogo con que en el momento actual ha de acercarse, la Iglesia a la humanidad; la práctica de este diálogo no es sino el mandato misionero de la evangelización que ha recibido de Jesucristo cuando ha dicho: "Id y enseñad a todas las gentes"; por esto, este diálogo de la salvación implica no sólo la guarda y defensa del depósito de las verdades recibidas de Cristo y de sus apóstoles, sino también su audaz difusión entre todos los pueblos.

Paulo VI explica: cuáles deben ser las condiciones que debe llenar este diálogo para ser eficaz. Como él debe ser claro, afable, confiado y prudente.

Para que nadie piense que la Iglesia comienza esta modalidad de diálogo con el mundo y con el mundo moderno, recién ahora, en el Pontificado de Juan XXIII, señala Paulo VI, cómo este diálogo comienza con el gran Pontífice León XIII, el cual personificando la figura evangélica *del escriba prudente que como un padre de familia saca de su tesoro cosas antiguas y nuevas,* emprendía majestuosamente el ejercicio del magisterio católico haciendo objeto de su riquísima enseñanza los problemas de nuestro tiempo, considerados a la luz de la palabra de Cristo. En esta tarea de actualizar los problemas de hoy a la ley del Evangelio, fue seguido en forma maravillosa por los Papas posteriores,

por un San Pio X que se propuso restaurar todas las cosas en Cristo, por un Pío XI que tuvo como objetivo la paz de Cristo en el reinado de Cristo y por un Pío XII que abarcó con lucidez admirable todos los problemas de su tiempo y finalmente por Juan XXIII que, con entraña de padre amantísimo, se acercó, para darles solución, a los problemas más difíciles de este tiempo de angustia.

Sin embargo, en cierto sentido, puede decirse que la modalidad de *diálogo,* preparada desde León XIII, va a ejercerse ahora con Paulo VI en forma efectiva. Pero esta modalidad será homogénea a la ya conquistada desde los tiempos de León XIII.

Este coloquio entablado entre la Iglesia y el mundo no es sino la continuación del Diálogo que por iniciativa de Dios se ha entablado con el hombre de modo particular en la Encarnación del verbo. El diálogo de la salvación fue abierto espontáneamente por iniciativa divina. Porque él nos amó el primero.

Peligros en que se puede incurrir en este diálogo de la Iglesia con el mundo.

Paulo VI señala que las relaciones de la Iglesia con el mundo puede revestir teóricamente diversas formas. La Iglesia puede proponerse, dice, apartar los males que en ella puedan encontrarse anatematizándolos y promoviendo cruzadas en contra de ellos. O podría, por el contrario, acercarse a la sociedad profana tratando de alcanzar un influjo preponderante y aún de ejercitar un dominio teocrático sobre ella. Pero las actuales condiciones del mundo y de los espíritus para hacer eficaz la influencia de la Iglesia sobre el mundo de hoy pa-

rece exigir que estas relaciones hayan de asumir la forma de Diálogo. Son varias las razones que aduce el Pontífice. Son ellas, entre otras, el carácter de adultez y de mayoría de edad en que se considera asimismo el hombre de hoy. Asimismo el pluralismo de las manifestaciones religiosas y filosóficas de nuestro tiempo. Es claro que no se trata de reconocer *un derecho* a este pluralismo y a esta adultez y mayoría de edad del hombre de hoy. Al contrario se los puede poner en cuestión y así lo hace Pío XII en un texto tomado de su encíclica *Summi Pontificatus.* Allí leemos: "Muchos tal vez, al alejarse de la doctrina de Cristo, no tuvieron pleno conocimiento de que eran engañados por el falso espejismo de frases brillantes que proclamaban aquella separación como liberación de servidumbre en que anteriormente estuvieron retenidos; ni preveían las amargas consecuencias del lamentable cambio entre la verdad que libera y el error que reduce a esclavitud; ni pensaban que renunciando a la ley de Dios, infinitamente sabia y paterna, y a la unificadora y ennoblecedora doctrina y amor de Cristo se entregaban al arbitrio de una prudencia humana pobre y mudable; hablaban de progreso cuando retrocedían, de elevación, cuando se degradaban, de ascensión a la madurez cuando se esclavizaban; no percibían la vanidad de todo el esfuerzo humano para sustituir la ley de Cristo por algo que la iguale: Se infatuaron en sus pensamientos".

Pero la Iglesia, lo mismo que Cristo, en su acercamiento al mundo, no se mueve sino por la misericordia. No ha venido a juzgar sino a salvar el mundo. Y si para lo último es más conducente y conveniente hoy el Diálogo que otra forma de comunicación nada más lógico de que sea éste adoptado.

Es cierto, como dice allí Paulo VI, que desde fuera no se salva el mundo. Por esto se hace necesario el diálogo: pero estar en el mundo por la presencia no significa ser del mundo ni que la Iglesia haya de tomar las deficiencias en que el mundo se debate. Hay que evitar estos peligros en este diálogo con el mundo. El peligro sobre todo de disminuir la verdad para hacerla aceptable y agradable a los oídos fatuos de los hombres que viven en el error. De aquí también el peligro de Irenismo que quiere como aplanar la verdad para que pueda sentirse en compañía de los más diversos errores como si no hubiera diferencia entre pagano y cristiano o entre cristiano y judío o entre católico y protestante; como si todos los errores pudieran sentarse a una misma mesa redonda y discutir a la par con la verdad. Como si la esposa legítima pudiera colocarse a la misma altura que las mujeres depravadas. Paulo VI denuncia asimismo el error del sincretismo que quisiera hacer de la verdad y del error una cosa común como si el si y el no pudieran andar juntos, cuando es obligación, de acuerdo al mandato del Señor, decir sí, sí y no, no.

Los diversos círculos en que debe encerrarse el diálogo

El primer círculo inmenso cuyos límites no alcanzamos a ver de aquellos con quienes debe la Iglesia entablar el diálogo está formado por la humanidad, por el mundo en cuanto tal. Todo lo que es humano tiene que ver con la Iglesia, porque Cristo vino a salvar al hombre. La Iglesia tiene una fe optimista con respecto a las posibilidades del hombre porque si bien reconoce que en el hombre hay

una inclinación al mal sabe también que en lo profundo de su ser todo hombre es *naturalmente cristiano* porque sale de Dios con la creación y está destinado a Dios como a su último fín.

Sin embargo, la Iglesia conoce bien la dificultad del diálogo con la humanidad de hoy, porque hay pueblos enteros que se hallan bajo regímenes que profesan el ateismo público. Y este fenómeno del ateísmo es el más grave de nuestro tiempo. El ateísmo, lejos de liberar a los pueblos, los sumerge en un drama de angustia y de espanto. Estas son las razones, indica Paulo VI, por las cuales la Iglesia condena los sistemas ideológicos que niegan a Dios y oprimen a la Iglesia, sistemas identificados frecuentemente con regímenes económicos, sociales y politicos y entre ellos especialmente el comunismo ateo. Paulo VI advierte cómo la condenación de estos regímenes de espanto no proviene tanto de la Iglesia sino de la radical oposición que estos regímenes entrañan y de las víctimas causadas por el horror de estos mismos regímenes.

Paulo VI hace ver cómo el diálogo es prácticamente imposible con el comunismo ateo porque la Iglesia allí y con ella los valores humanos se encuentran reducidos al Silencio. Sin embargo Paulo VI no cierra toda esperanza para que algún día pueda entablarse un diálogo saludable también con los pueblos que hoy yacen bajo el comunismo ateo. Porque estos pueblos pueden sufrir cambios y entrar en coyuntura favorable para que sea posible otro diálogo positivo, diverso del que constituye nuestra presente reprobación y nuestro obligado lamento. Porqué como decía Juan XXIII en la *Pacem in terris* si las doctrinas no cambian, la suerte y condición de los pueblos ciertamente han de cambiar.

Aquí señala Pío VI cómo la Iglesia está abierta

para entablar con el mundo contemporáneo un diálogo que contribuya eficazmente a la causa de la paz entre los hombres. Este diálogo lleva consigo la decisión en favor de una paz libre y honrosa, excluye fingimiento, rivalidades, engaños y traiciones; no puede menos que denunciar como delito y como ruina la guerra de agresión, de conquista o de predominio, no puede dejar de extenderse desde las relaciones en la cumbre de las naciones hasta las que hay en el cuerpo de las naciones mismas y en las bases así sociales como familiares e individuales para difundir en todas las Instituciones y en todos los espíritus, el sentido, el gusto y el deber de la paz.

Viene después un segundo y enorme circulo, el de los creyentes en Dios, que abarca al pueblo Hebreo y al pueblo Musulman, pueblos que practican, como es sabido, el monoteismo; y luego en este círculo hay que colocar también a las religiones afroasiáticas. Paulo VI no deja de reconocer los valores espirituales y morales de las diversas confesiones religiosas no cristianas. Queremos promover y defender con ella, dice, los ideales que pueden ser comunes en el campo de la libertad religiosa, de la hermandad humana, de la buena cultura, de la beneficencia y del orden civil.

Paulo VI nos presenta después el circulo más cercano de todos aquellos que llevan el nombre de Cristo. Este círculo merece la calificación de ecuménico y está abierto para un entendimiento con la Iglesia verdadera.

Paulo VI considera deseable el abrazar a todos los que se dicen Cristianos en una perfecta unión de fe y de caridad, pero señala como gran obstáculo para esta reconciliación que se ha de efectuar entre el mundo cristiano y la Iglesia verdadera el que haya hermanos separados que conside-

ren como obstáculo principal para dicha reconciliación la existencia del Primado de Honor y de jurisdicción que Cristo confirió al Apóstol Pedro y que ha sido heredado por el Pontificado Romano. Queremos suplicar, dice Paulo VI, a los Hermanos separados que consideren la inconsistencia de tal hipótesis y no sólo porque sin el Papa la Iglesia Católica ya no sería tal sino porque faltando en la Iglesia de Cristo el oficio pastoral supremo, eficaz y decisivo de Pedro, la unidad se desmoronaría; y en vano se intentaría reconstruirla luego con criterio sustitutivo de aquel auténtico establecido por el mismo Cristo. Se formarán tanto cismas en la Iglesia cuantos sacerdotes, escribe acertadamente San Jerónimo.

Finalmente Paulo VI dirige su Diálogo a los hijos de la Casa de Dios, la Iglesia una, santa, católica y apostólica de que, ésta la romana, es madre y cabeza. El Papa quiere entablar el diálogo de familia en la plenitud de la fe, y de la caridad. Aquí en el hombre la Iglesia se encarna plenamente en todos los valores que hacen a lo mejor del hombre. La Iglesia se encarna en el hombre, trascendiendo al hombre, y acercándolo hasta Dios.

Conclusión

La Iglesia se encuentra hoy ante la humanidad en una posición singular llena de promesas. Porque si es cierto que por una parte, aquel grupo de naciones que ha recibido el influjo cristiano y que ha sido formado por la Iglesia dando lugar al tronco cristiano de civilización, se ha apartado de la Iglesia y ha sido ganado por la Revolución, también es cierto, que esta Revolución ha causado tales estragos en los pueblos de la antigua Europa

cristiana que, sin quererlo, ha rehabilitado el valor de aquella fuerza cristiana que engendró a aquella civilización. Cuando hoy, después de la Revolución de la Reforma y de la Revolución Francesa, se llega a la horrible comunización de los pueblos y cuando la antigua Europa cristiana, lejos de haber hallado la paz, se encuentra amenazada de ruinas y de guerras, no es difícil apreciar el Signo de Salvación que representó la Iglesia para los pueblos. Paulo VI reconoce que esa parte del mundo ha recibido tan profundamente el influjo del cristianismo y lo ha asimilado tan íntimamente que, aun hoy, es justo que haya de reconocer, que es al cristianismo a quien debe sus mejores conquistas de civilización.

La Iglesia se encuentra asimismo frente a la otra parte de la humanidad, parte que sufre y que se halla en situación de resentimiento contra aquella Europa cristiana, no precisamente por ser cristiana sino por haber dejado de serlo. Aquella Europa cristiana, en efecto, ha ido a esta otra parte de la humanidad con voracidad, con ansias de dominio, no para dar sino para quitar y ha dejado a esos pueblos empobrecidos y embrutecidos muchas veces. Y así mientras una parte de la humanidad ofrece la ilusión y la alucinación de una civilización materialista, la otra en cambio, ofrece la situación de una miseria y penuria lamentable.

Pero los pueblos han aprendido ya a distinguir a la Iglesia de aquella Europa que debió ser cristiana y que fue infiel a su destino, llevando el vicio y la ruina a los otros pueblos en lugar de llevarles la evangelización y la verdadera cultura. La Revolución anticristiana ha podrido a la humanidad y ha dificultado la labor de la Iglesia, primero con el capitalismo, y hoy con el comunismo. Resultado de esto es que hay pueblos enteros que

llenan continentes como Asia, Africa, la América Latina, en que viven pueblos sin pan y sin techo y aún el otro resto de pueblos, que viven en la abundancia de bienes materiales, se hallan sin el precioso don de la paz. Así puede decirse que hoy la humanidad vive sin pan, sin techo y sin paz. Porque están dominados por la guerra entre naciones, la guerra entre razas, entre los pueblos de color y los pueblos blancos, por las guerras de clases, entre ricos y pobres, burgueses y proletarios. Y los pueblos se sienten sin pan, sin techo y sin paz porque antes se les ha arrebado a Dios. Los pueblos al vivir sin Dios se ven privados también de los bienes temporales.

La Iglesia no les ofrece directamente y primero ni pan, ni techo, ni paz, solo les ofrece el Reino de Dios; pero con el Reino de Dios se ha de darles también aquello que viene por añadidura.

Ni hay que equivocarse sobre la situación aciaga en que se encuentra el hombre de hoy —hombre de angustia, hombre de terror— al alcanzar el punto crítico de su miseria y de su ruina.

Ya alborean signos de esplendor para la Verdad y el Bien; ya se anuncian Presagios de Primavera para la Iglesia. En este mundo atomizado, en que no quedan en pie ni verdades ni instituciones sobre los cuales afirmarse, se levanta espléndida la Iglesia como Signo de Salud sobre los pueblos. No hay que alarmarse tampoco por la crisis que puede representar el Progresismo en los países cristianos. El Progresismo, último impacto del comunismo en los medios cristianos, está llamado a desaparecer pronto como el mismo comunismo, del que es débil reflejo. Unos años más y el comunismo, último etapa de la Revolución anticristiana, habrá quedado atrás como un pasado remoto que ya no ha de volver y, en cambio, la Iglesia, sobre

todo en Pedro la roca inconmovible, se levantará como Puerto de Refugio para todo los pueblos de la tierra. La "Ecclesiam Suam" de Paulo VI es un magnífico Canto a la Iglesia que se levanta como Señal de Salvación en medio de los pueblos.